

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

12-8-1973

Separata del libro:

**“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”**

**DIOS ES LA INFINITA VIRGINIDAD**

Dios, por perfección de su naturaleza, es un acto de adhesión infinita en sí mismo y por sí mismo; adhesión que, en Él, es romper en una fecundidad tan plétórica de vida, que le hace ser Padre de exuberante fecundidad, por la adhesión amorosa que a sí mismo se tiene en su acto de vida.

Dios es la Eterna Virginidad, separada infinitamente de todo lo que no es Él, ya que, lo que le hace romper en fecundidad engendrando, no es la unión de Él con ninguna cosa fuera de sí, sino la adhesión que en sí y a sí mismo se tiene en el apartamiento amoroso de su serse el Increado.

¡Oh esplendores refulgentes que fluyen a borbotones del pecho de Dios en cataratas infinitas de Conversación eterna...!

¡Oh “Luz de Luz” y “Figura de la sustancia” del Padre, Emanación perfecta de su misma naturaleza, Hálito candente de su boca!, descorre

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.  
I.S.B.N.: 84-86724-01-5  
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA  
MADRID – 28006 ROMA – 00149  
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90  
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44  
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

ese velo de virginidad intocable que oculta, tras su esplendor, la rompiente infinita del engendrar del Padre, y deletréame, en tu Conversación cantora, el Manantial eterno de ese engendrar divino en los luminosos resplandores de su trascendente virginidad.

¡Oh *Sanctasanctorum* de la Eterna Sabiduría, que escondes a la Virginitad infinita, infinitamente distante de todo lo creado, en el ocultamiento dichosísimo de su serse Fecundidad, rompiendo en un engendrar luminosísimo de explicativa Palabra...!

Dios es la eterna y exuberante Perfección, y, por lo tanto, lo único capaz de llenar las exigencias de posesión que Él tiene en sí; siendo su adhesión a sí mismo un acto de vida pletórico de infinita perfección y a su infinita perfección.

En la medida que Dios está adherido a sí, en su acto de virginidad eterna, en esa misma medida es fecundo, y por eso, infinitamente fecundo; tanto, que el fruto de su fecundidad es todo cuanto Él es, en Expresión, en un Hijo que dice, en Cántico de amor eterno y de retornación hacia el Padre, toda la plenitud inexhausta de la Subsistente Sabiduría.

Y así como, por la adhesión infinita que el Padre se tiene a sí mismo, por perfección de su naturaleza, “entre esplendores de santidad” rom-

pe engendrando al Verbo, en ese mismo instante sin tiempo en que es engendrado, el Verbo es, por el ser recibido del Padre, un acto de adhesión infinita al mismo Padre. Siendo la adhesión que las dos divinas Personas se tienen entre sí tan mutua, tan apretada, tan perfecta y de tan pletórica virginidad, ¡tanto, tanto...! que, en un abrazo de virginidad paterno-filial, rompen en un Amor tan perfecto y consustancial, tan eterno e infinito, tan mutuo y comunicativo, ¡tan para sí, tan para sí...! en la adhesión mutua de su intercomunicación, que este Amor es la persona infinita del Espíritu Santo; el cual, en la adhesión perfecta de su realidad, es el descanso amoroso y terminado que el Padre y el Hijo se tienen, al amarse, en adhesión paterno-filial de infinito amor.

Y el Padre es todo para el Verbo, y el Verbo, todo para el Padre; y los dos, en el abrazo consustancial de su donación y retornación son para el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo es, para el Padre y para el Hijo, adhesión de amor eterno y retornación amorosa.

Y las tres divinas Personas son tan para sí como para las otras. Y en la intercomunicación de las tres, Dios vive, en el apretamiento de su sustancia, infinitamente distante de todo lo que no es Él, en un acto trinitario y comunicativo de virginidad eterna. Porque todo cuanto Dios se es, vive y tiene, lo es sustancialmente, sólo en sí, por sí y para sí, en adhesión perfecta y en una separación

infinita de todo lo creado, en su acto trinitario de pletórica y consustancial virginitad.

Dios sólo a sí mismo está adherido en la separación infinitamente distante de todo lo que no es Él; por lo que la vida de Dios, en la perfección de su comunicación, es un acto de virginitad eterna en perfección terminada.

La virginitad perfecta es la adhesión al Sumo Bien y la separación completa de todo lo que no es Él. Por eso, cuando la criatura descubre la luz luminosa de la Eterna Sabiduría, subyugada por ella, deja todo lo que es creación para lanzarse irresistiblemente en la búsqueda incansable de *¡sólo Dios!* Por lo que Dios, al serse en sí la Infinita Perfección, por perfección de su propia naturaleza, sólo a sí mismo está adherido, en tal llenura y plenitud, que Él mismo en sí es la Rompiente infinita de su eterna fecundidad.

¡Oh virginitad desconocida!, porque desconocido es el Sumo Bien en cuanto es, y desconocido, por lo tanto, cuanto somos capaces de ser nosotros en la participación de su llenura...

¡Oh virginitad, virginitad!, equivalente a adhesión de Dios a sí mismo... Virginitad equivalente a *¡sólo Dios!*, capaz de hacer de Cristo, en su humanidad, una adhesión tan perfecta al Verbo del Padre, que le hace no tener más persona que la divina.

Cristo, en su humanidad, es un grito de virginitad tan perfecto, tan de: *¡sólo Dios!*, ¡tanto, tanto, tanto...!, que no tiene más persona que la divina; siendo todos los movimientos de su humanidad una adhesión total a su Persona, un grito de *¡sólo Dios!* que se manifiesta a través de toda su vida, actos, gestos y palabras. ¿Cómo podrá la humanidad santísima de Cristo, creada para ser una adhesión total al Verbo del Padre, apetecer, querer, decir o buscar algo que no fuera sólo la inexhausta y pletórica e infinita Perfección...?

¡Oh corazón enloquecido del hombre!, ¡mente ofuscada y oscurecida por su propia pasión...!, ¿cómo podrá saber de Virginitad trascendente y sentirse subyugado para tender a esa misma Virginitad y para vivirla, según la perfección de la criatura, en su máximo grado?

¡Oh virginitad, virginitad...!, margarita preciosa y joya escondida, sólo descubierta por el que, buscando la perfección, se adentra de alguna manera en el Huerto cercado, Jardín florido y sellado donde se apacienta el Verbo infinito, que, en requiebros de amor, nos invita a vivirla y a seguirle a través del destierro...

¿Cómo podría Cristo, siendo, en su persona, Dios, apetecer algo que no fuera Él mismo y su glorificación? ¿Cómo podría Cristo, que es la Infinita y Eterna Perfección, buscar algo que no fuera vivir en la posesión y disfrute de Él mismo, comunicándonos cuanto Él vivía y tenía en plenitud?

Cristo es la unión perfecta de la humanidad y la Divinidad, en un misterio trascendente de tal sublimidad, que, en esa misma unión y en la adhesión de su humanidad a su Divinidad, hace de Él Dios y Hombre en la persona del Verbo Encarnado.

Cristo en toda su humanidad es la expresión de la virginidad del Padre en delecto a los hombres; es relación de Dios a los hombres y de los hombres a Dios, siendo, por su persona, Dios, separado infinitamente de todo lo creado, y expresión humana a los hombres por medio de la Encarnación.

¡Oh virginidad, virginidad...!, dame saberte vivir para poderte expresar en mi apetencia y nostalgia de ti; ya que en la medida que te descubra, atraída por tu inexhaustiva plenitud, lanzándome hacia ti, te poseeré, siendo capaz de ir viviendo de *sólo Dios*, en las diversas tendencias de mi corazón.

¡Oh virginidad, virginidad...!, dame saberte descubrir para saberte apreciar, para saberme adherir a ti sin desear más cosas que: *¡sólo Dios!*

¿Cómo podrá el alma que ha vislumbrado la Infinita y Eterna Perfección, buscar algo que no sea su posesión para sí y para los demás?

El hombre que rastrea, busca la llenura de su ser en las cosas terrenas que no le pueden saciar; el que descubre a Dios, se remonta y renuncia, por exigencia de la posesión del mismo Dios, a todo cuanto no sea Él.

En la medida que nos unimos al Sumo Bien, nos virginizamos, porque nos vamos adhiriendo a Él y separándonos de las criaturas. Por eso cuando, en su plan infinito, Dios determinó coger al hombre de su postración y atraerlo a la hondura de su pecho bendito, realizó en la tierra un milagro de virginidad tan perfecto, ¡tanto, tanto, tanto!, que fue capaz de hacer del Hombre Dios, en la adhesión perfecta de la humanidad a la Divinidad en la persona del Verbo.

¡Oh *Sanctasanctorum* de la Encarnación!, por la cual se realiza, en las entrañas de María, el misterio insospechado de la redención... ¡Oh virginidad de la Señora toda Blanca de la Encarnación...!

María era una adhesión tan perfecta a la Infinita Virginitad, ¡tanto, tanto!, que el fruto de su virginidad fue romper en Maternidad divina sólo por obra del Espíritu Santo; Esposo que, en el toque de su infinita perfección, la fecundizó tan maravillosamente, que, por Ella y en sus entrañas virginales, el Verbo del Padre se hizo Hombre.

¡Oh virginidad, virginidad de María! tan plétórica, que, por el beso infinito del Espíritu Santo, rompe en maternidad y Maternidad divina, en tal plenitud, que no sólo es capaz de ser Madre del Verbo Encarnado, sino que, de la irradiación

y repletura de su virginidad rompiendo en maternidad, es Madre de todos los hombres.

¡Qué grado de virginidad, de tendencia al Infinito y de posesión de *sólo Dios*, sería el de María, que la hizo capaz, según el plan divino sobre Ella, de ser Madre del mismo Dios en el derecho pleno de su maternidad...!

¡Oh virginidad, virginidad!, que haces posible que Dios llame a una criatura: Madre, y que la criatura, en derecho pleno y perfecto, llame a Dios: Hijo.

Sólo la virginidad perfecta es capaz de realizar tales prodigios, porque es un grito en adhesión total del ser al Sumo Bien en el disfrute apretado de su perfección.

En María, su tendencia hacia Dios es la consecuencia del conocimiento luminosísimo que de Él tiene; siendo este conocimiento vital en Ella tan pletórico, que le hace ser en toda su vida, capacidades y exigencias, un grito rebosante de: *¡sólo Dios!*

Por eso, quien quiera conocer la trascendencia trascendente de la Virginitad infinita, introduciéndose en el *Sanctasanctorum* de la Trinidad, ha de adentrarse en las entrañas maternas de María, desde donde Dios se da y se comunica a los hombres en el *Sanctasanctorum* de la virginidad de la Señora, por medio del misterio de la Encarnación.

En la medida que Dios quiso hacer fecunda a María, la hizo Virgen, la adhirió a Él para que

viviera sólo de su infinito ser, en adhesión tan íntima que fuera capaz de romper en una maternidad tan pletórica, que el Verbo infinito del Padre, Encarnado, fuera el fruto de su fecunda virginidad.

La virginidad, cuando es perfecta, busca la llenura de su perfección en la glorificación de Dios y entrega absoluta a Él. Y, en la medida que el hombre vive de *sólo Dios*, adhiriéndose, en cuanto es y posee, al Sumo Bien y a su plan, está, según su capacidad, en la posesión y llenura de la Suma Perfección, de tal forma que se hace conforme a ella, rompiendo en frutos de vida eterna para sí y para los demás. Por lo que, en el Cielo, seremos todos como los ángeles de Dios, ya que, según estemos unidos a Él, único fin para el cual hemos sido creados, seremos felices con el fruto gozoso que la llenura de su glorificación producirá en nosotros.

El que procura conservarse virgen en memoria, entendimiento, voluntad, apetencias, tendencias, etc., vive adherido a *sólo Dios* y para *sólo Dios*, y entonces su vida está llena de Dios, poseída sólo por Él e impregnada de su infinito pensamiento.

Pueden los hombres, incluso después de haber roto su virginidad física, entregarse a Dios tan incondicionalmente en cuerpo y alma, que vivan

en virginidad trascendente con frutos de santificación para ellos y para los demás.

No todos son capaces de comprender este misterio y mucho menos de vivirlo, por la ofuscación de sus corazones. Pero bienaventurado el que descubre esta margarita preciosa, ese tesoro escondido del Evangelio: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios". Bienaventurado el que es capaz de adherirse a Dios en cuerpo y alma tan perfectamente, que todo lo que no sea Él y su gloria, lo ve como vaciedad y caduco. Bienaventurados los ojos transparentes que, al descubrir a Dios, hacen capaz al corazón de romper la esclavitud de sus propias pasiones, dominándolas y enseñoreándose de ellas para vivir, en la tierra, de Eternidad, en la plenitud y posesión de *sólo Dios*.

¡Qué grande es el alma virgen que gusta del Cielo en el destierro, y que hace de la tierra el Cielo con el testimonio de su vida ante los demás...! El alma virgen es un cántico en expresión de Eternidad y una manifestación patente ante el mundo de: *¡sólo Dios!*

No todos los hombres comprenden este misterio por la dureza y torpeza de su corazón, por la esclavitud con que les tienen entorpecidos sus propias pasiones. Y por eso, guiados por esa misma esclavitud, al no ser capaces de sobrenaturalizarse, llegan, en su insensatez, a no entender el misterio de la Infinita Virginitad rompiendo en fecundidad, ni el de Cristo, Virginitad

Encarnada, ni el de María, Virginitad maternal. Por la torpeza y rudeza de sus mentes quieren quitarle a la virginidad la fecundidad perfecta, sin comprender que la fecundidad íntegra, perfecta y sobrenatural es el fruto de la virginidad. Virginitad que tiene su principio en Dios, en la adhesión de Él a sí mismo; virginidad que se nos manifiesta en Cristo, en una expresión de Dios con nosotros; y virginidad que se nos acerca con corazón de Madre en María, por la adhesión de toda Ella a Dios, que la hace romper, por obra del amor infinito del Espíritu Santo, en Maternidad divina, en portadora de divinización para los hombres, por el Fruto excelente, inédito y trascendente de su maravillosa virginidad.

El más virgen, más fecundo. Por eso, ¿quién más virgen que Dios, adherido sólo infinitamente a sí mismo, lo cual le hace romper engendrando al Verbo? ¿Quién más virgen que Cristo, que en su humanidad está unido con la Divinidad tan maravillosamente que, en la persona del Verbo, es Dios y es Hombre? ¿Quién tan virgen como María, que es capaz, por obra de la adhesión que tiene a Dios, mediante el Espíritu Santo, de dar a luz al Verbo infinito Encarnado?

¡Oh virginidad desconocida y por lo tanto desapreciada...!

Ilumine Dios la inteligencia de los desterrados

para que multitudes de hombres descubran este “tesoro escondido” del Evangelio y se entreguen a vivir de *sólo Dios* y para *sólo Dios*, en frutos de vida eterna que hacen, como en María, fructificar al alma virgen y dar a luz, a través de ella, a Cristo en las almas.

Surjan las multitudes que “siguen al Cordero”, para que el mundo vislumbre la faz del Verbo y, atraído al olor de sus perfumes, corra a embriagarse del festín infinito que Dios ofrece gratuitamente a los que de corazón se entregan a Él.

El hombre que descubre a Dios, se lanza irresistiblemente al encuentro de todos sus hermanos para introducirles en el gozo eterno de las infinitas perfecciones. Por lo que el sacerdocio, la vida misionera y la consagración a Dios, surgen del descubrimiento deslumbrante de la Infinita Virginitad que, subyugándonos, nos impulsa a ser, con Cristo y María, adhesión retornativa al Sumo Bien.

Sólo Dios puede llenar nuestras vidas, sólo en Él seremos capaces de realizarnos en la plenitud del ser y del quehacer para el cual fuimos creados. Y por eso, quien le descubre, le busca apasionadamente, renunciando a todo lo creado por la posesión total de su llenura.

Mas, cuando los hombres pierden de vista el rostro de Dios, sus ojos se oscurecen, queriendo sofocar la grandeza de la virginidad por la ofuscación de sus propias pasiones que les esclavizan separándoles de su verdadero fin. ¡Cómo podrá

el hombre carnal comprender al hombre espiritual...!

¡Oh virginidad, virginidad desconocida!, eres tan sublime, que el fruto de tus conquistas es *sólo Dios* para ti y para cuantos te rodean.

¡Oh virginidad, virginidad, que tienes tu principio en Dios, y la expresión de tu fruto es el misterio de la Encarnación por la virginidad maternal de María!

¡Oh virginidad, virginidad, tan grande como desconocida...!